

LA CONTROVERSIDAD DEL SIGNIFICADO RESPECTO AL HECHO

No seré yo quien le pueda permitir poner el pie en mi casa a un personaje como Vito Quiles. Menos en mi cerebro, en base a su continua tendencia a promover, más si cabe, la polarización ideológica que, indudablemente, son muchos los políticos de todo signo (y personajes tras bambalinas) que la alientan irresponsablemente y que, como he dicho en otras ocasiones, debieran ser inhabilitados para cualquier función pública y social de por vida.

Tampoco les abriría las puertas a cualesquiera de los adoctrinados inconsecuentes con su propia denominación de antifascista, que, tras una más que organizada (y financiada) forma de actuar, nos traen de nuevo (si es que alguna vez nos libramos), la violencia, los múltiples daños y el miedo a nuestras calles, rehabilitando las andanzas de la insufrible decadencia moral que se soportó en los tiempos duros. Tiempos que, estoy convencido, ninguno de ellos conoció (salvo probablemente los que los dirigen desde cómodas posiciones y les han ido alimentando con “su única verdad”).

Si a un personaje como ese Quiles le dejas que venga y hable, tengo la percepción de que lo más probable es que su público sea ínfimo y, con ese “éxito”, puede que no le queden ganas de volver para, supuestamente, desequilibrar la convivencia social. Si, por el contrario, montas actos de protesta degenerando en vandalismos generalizados (que no sé qué culpa tienen los mobiliarios urbanos destrozados, los vecinos atemorizados y los cuerpos policiales agredidos, también, en su función de mantener el orden -aunque ya sabemos que para los “embozados” también son fascistas-) lo que estás haciendo es darle publicidad y notoriedad, además de hacer pagar al resto social tus andanzas destructivas (que ya va siendo hora, y esto va para cualquier afectante de cualquier ideología o “elucubración mental”, de que vayan pagándolas directamente quienes destrazan, y nos informen de los costes – o trabajos sociales- soportados).

A la vista de lo que viene sucediendo (me da la sensación de que vamos hacia repeticiones continuadas) a uno le entran las dudas (irónicamente) sobre si están confundiendo el término de “fascismo”, por lo que acudo a “instruirme” en los foros adecuados y, debido a su origen en la Italia de la primera mitad del siglo XX, con el dictador Benito Mussolini, se le define como desarrolladora de una ‘actitud autoritaria y antidemocrática’. Y a través de lo que observo en esas tendencias del “o comulgas con mis postulados, o te callas, o sufres las consecuencias de tus opiniones dispares” me resulta incoherente (e inconcebible desde un punto de vista racional) que alguien se pueda llamar “antifascista” cuando precisamente está aplicando a “los otros” el autoritarismo y la zozobra en la convivencia social, pues trata de impedir, por la fuerza, el pensamiento libre (planteamiento básico antidemocrático). A sabiendas (y ahí sí que lo tienen meridianamente claro sus ideólogos sostenedores) de que les resulta sencillo hacerlo, dada la Sociedad adormecida por el confort que ha ido olvidando a las generaciones de cuyo descontento se van nutriendo sus bases “antifascistas” que,

refiriéndome exclusivamente a los de las algaradas callejeras, tan organizados y equipados, empiezan a traerme a la memoria (por las informaciones fidedignas de la Historia) a los gérmenes de las infaustas organizaciones violentas (“ejércitos callejeros”) que sustentaron los regímenes europeos más destructivos.

Y, ante esta dinámica, nos salen nuestros políticos, generadores principales de la polarización y el conflicto social (por acción, omisión o componendas de pactos por el poder), con sus frasecitas de rigor para cumplir con el momento: ‘preocupación por el aumento de la crispación y la polarización social, desde el principio de que ninguna discrepancia ideológica o política justifica la violencia’ (sic) o la de ‘compromiso con una Pamplona abierta, plural y acogedora, en la que todas las personas puedan ejercer sus derechos y convivir en libertad, desde el respeto mutuo y sin que el odio, la intolerancia o la violencia tengan cabida’ (sic). Y con esto se quedan tan contentos y a pasar página. Se habla de los “movimientos antisistema” (que, curiosamente, viven del sistema mientras tratan de eliminarlo, ¿no?), pero creo que hay una raza de políticos (no meto a todos en el mismo saco) que sí son los verdaderos antisistema en cuanto a que van a terminar por cargárselo, con su insufrible modo de actuar. También se aprovechan de una Sociedad dormida.

Javier M. Elizondo Osés



Pamplona a 22 de octubre de 2026